

El efecto totalitario sobre el racismo y la discriminación racial en Cuba

Armando Soler Hernández
Periodista independiente
La Habana, Cuba

La alarmante virulencia de prejuicios y discriminación racistas entre blancos, negros y mestizos en la Cuba del presente no debe analizarse sin considerar diversos elementos permanentes e intrínsecos en el marco del Estado totalitario donde se han incrementado. Y a su vez, no es verosímil dar proporción real a este problema, que tiene y tendrá la sociedad cubana de cara al futuro, si con la brevedad obligada a los límites al presente trabajo no intentáramos explicarnos su deriva desde el mundo republicano precedente.

El origen

El lento y trabajoso ascenso de la integración racial se definía favorablemente dentro de un conjunto de asperezas sociales en un escenario republicano-democrático que marchaba con altas y bajas. Iba tomando lenta, pero firme configuración en la división de poderes y mediante el método de constituciones como guía.

Por medio siglo sufrió retrocesos y avances paradójicos hasta que fue interrumpido de manera dramática. Primero, con su continuidad institucional obstruida por el régimen batistiano, llegado al poder mediante un incruento golpe de estado. Y luego, cuando fue devastado por la revolución armada que triunfó en 1959.

La nación fue sorprendida y alucinada por un nuevo mecanismo nacional de aceleración social. Cargado de toda la panoplia de la mítica nacionalista martiana y proclamándose heredad y continuismo de frustrantes guerras de independencia, este Nuevo Orden sacudió todo inter-fronteras. En poco tiempo, el panorama adquirió dimensiones telúricas, de rompe y raja, (quizás como el Paraguay de principios del siglo XIX o el modelo de totalitarismo de derecha de Trujillo en República Dominicana), lanzando al país bien lejos de toda experiencia histórica.

La restauración institucional prometida a la sociedad mediante anunciado acuerdo de todas las fuerzas y grupos que se rebelaron y finalmente habían triunfado contra Batista, fue anulada casi de inmediato por un nuevo principio nacional: el totalitarismo. En consecuencia, el nuevo régimen provocó a marcha forzada un precipitado desmontaje social, económico y político. Y desapareció del mapa cubano todo lo conocido del orden tradicional.

Este engendro que irrumpía arrollador se impuso primero de manera solapada y luego con abierto desparpajo, al contar con el inusual entusiasmo político de buena parte del pueblo. El soberano apoyó con delirio el desmontaje acelerado del orden institucional establecido, que salvaguardaba sus libertades ciudadanas

intrínsecas, dando respaldo a un nuevo formato absolutista para gobernar.

En pocos meses todas las instituciones legales y de la sociedad civil organizada sufrieron una brutal anulación y transformación. Desapareció el conjunto de la práctica civil y democrática trabajosamente conformada con altibajos en 57 años de república, y todas las instituciones que garantizaban la estructura básica del Estado de Derecho y la defensa de la población frente al impune atropello desde el poder estatal.

La nación de ciudadanos consultos fue sustituida en voluntad y dirección por las decisiones inapelables de un pequeño grupo castricense, guiado con mano ferrea por el narcisismo y la impiedad legendaria de una personalidad poseída, lúgubre y turbulenta.

Y como otros tantos procesos aún en dolorosa conformación y ajuste dentro de la joven república, de un plumazo fueron decretados inexistentes el racismo y los prejuicios raciales tradicionales, lastres heredados desde la esclavitud colonial. Y con este particular, importante y extremadamente complejo fenómeno étnico y cultural, con raíces históricas y asentamiento centenario, se creó la peligrosa ilusión de que, al igual que otros serios conflictos sociales, podía ser anulado y desaparecería como por encanto de nuestra sociedad, por el simple efecto de la fuerza y el peso abrumador de ese poder aplicado a todas las esferas de la nación.

El efecto

De repente los entusiasmados cubanos se descubrieron montados a lomo en un dragón ingobernable, lanzando fuegos de intolerancia y obediencia que llegaban hasta sus propios hogares, familias, amistades y conocidos. Y esa especie de fundamentalismo de Estado sentó sus reales inamovibles sobre ellos.

El escenario era completamente insólito. Una nación sibarítica y ligera, con marcada deriva hacia el progreso material y de hecho muy

ligeramente atada a la raigambre tradicional de sus costumbres hispánicas frente al eflujo de la modernidad norteamericana, que le era tan afín y modelo paradigmático, se volvió de repente adusta y uniforme, integrada en un modo único y muy agresivo de pensar y ver la realidad, enemiga furibunda de su vecino del Norte y aplicándose a sí misma y con todo rigor esa ferocidad que a principios de 1959 pareciera ser sólo destino para viejos y nuevos enemigos.

Y es importante recalcar esto último. Se aplicó salvajemente a la totalidad del pueblo cubano el castigo despiadado y desproporcionado, basado en los parámetros de intolerancia dictados desde el credo del caudillo y amoldados a los atributos siniestros del totalitarismo soviético, su nuevo *Big Brother*, con apoyo irrestricto y temor de y desde su cúpula de poder.

Esto provocó lo paradójico en lo racial. Negros y mestizos se consideraban beneficiados por recibir a tutiplén derechos igualitarios en comparación con el resto de la mayoría de raza blanca. Igual que a todos, se les estaba emplazando a la fuerza y sin contar con sus opiniones. Tenían que comulgar dentro de los mismos estrechos límites de lo que el régimen dictaminaba como irrevocablemente correcto o conveniente para el País-Revolución-Estado “Socialista” que se revolvía rabiosamente impositivo contra todo y todos. En ese caldo contradictorio, una vez deshilachadas las primeras ilusiones utópicas, el racismo y la discriminación decretados muertos, sobrevivieron lentamente de manera aún más malsana, como una especie de *walking-dead* voraz y negado a desaparecer.

La resultante

El permanente estado de violencia e intolerancia institucionalizadas no sólo abrumó por masificación y castigo compulsivo todo pensamiento e individualismo nacional, sino que intoxicó a la sociedad cubana con esos mismos venenos en su comportamiento e interrelación.

La violencia e intolerancia, a la par que el engaño y la corrupción, descendieron como una savia ponzoñosa desde las esferas de comportamiento y práctica del poder. Pasaron a ser atributos populares de supervivencia y deformación nacional.

Poco a poco, a medida que aumentaban frustraciones y maltratos, se transformó en una especie de subproducto totalitario. Como una nata nauseabunda, sus corruptos efluvios resultantes flotan hoy día sobre el grueso de los valores éticos y culturales tradicionales mandados a enmudecer como poco redituables. La delación, la amenaza política de aterradoras consecuencias, los falsarios atributos morales revolucionarios que ocultan deformaciones, avidez, ambición y crueldad y todo ese maremágnum, más trastornado aún por la miseria encanalladora y el constante castigo y represión hechos ley por una manera de gobernar secreta, con acciones de acecho y emboscada contra la masa poblacional, todo ello, en este universo de humanidad acorralada, empozoñó también las relaciones interraciales y hasta el presente eleva a niveles insospechados la desconfianza, el rencor, los prejuicios y la violencia entre blancos, negros y mestizos.

Como gravamen todavía mayor, la población negra y mestiza no mejoró demasiado su nivel de vida anterior a la etapa revolucionaria. Incluso dentro de los parámetros propagandísticos de un supuesto florecimiento desde una pobreza inamovible en la república, su real capacidad de progreso y bienestar fue regulada, limitada y dirigida por los mismos patrones rígidos de pobreza obligada que sufre el resto de la nación. Incluso hasta su probable y elemental crecimiento numérico como grupo poblacional ha sido afectado por la forzada miseria sin esperanzas en que se ha transformado el destino nacional.

Desaparecido el imperfecto, aunque estimulante, paradigma de modelo de superación y riqueza personal y reconocimiento social de la arrasada sociedad democrática anterior, con el tiempo su nuevo esquema sustitutivo, el masifi-

cado Hombre Nuevo, demostró ser falso y cínico, además de inestable y engañoso como base sólida y heredable de bienes y costumbres civilizadas, beneficiando sólo a unos pocos y más por la demostrada irrestricta fidelidad y obsecuente obediencia al sistema imperante que por su propio e inestable valor social y económico.

Cualquier cubano del presente sabe que no hay nada menos notorio que ser diplomado cortador de caña en veinte zafras azucareras, ganador de la Emulación Socialista o titularse Héroe Nacional del Trabajo. Y es bueno insistir en esto: blancos, negros y mestizos han sido engañados y sojuzgados con esta misma entelequia.

Ahora, viviendo en plena decadente etapa de pobreza nacional creciente, ese vacilante paradigma totalitario se derrumbó. Quedó sustituido por la subrepticia presencia oportunista del nuevo rico, cargado de todos los defectos sociales de la masificación, que sin embargo sabe sacar beneficios de la miseria que le rodea. Este tipo de éxito, por superficial y escaso de mérito realmente ciudadano y honrado que sea, también explota al pueblo, y aunque fruto del individualismo menos recomendable, a pesar de todo, constituye un triunfo del masificado hombre común frente a la pobreza a la que obliga a vivir el régimen. Para muchos negros y mestizos que siguen atrapados en los niveles de vida miserables que heredaron de sus padres, esa ilegal y perseguida independencia forajida de “alegres hombres libres de Sherwood” se vuelve un polo absorbente de triunfo frente a los pacatos límites que persiste en imponerle el sistema imperante.

Conclusiones

Al igual que en casos de serios conflictos étnicos contemporáneos, donde las diferencias culturales y religiosas que les dieron salvaje erupción habían sido acalladas a la fuerza, más no solucionadas (por ejemplo: Yugoslavia y el totalitarismo titoista, Ruanda y el régimen colonial seguido por los inestables y corruptos

gobiernos nacionalistas), en futuros y dolorosos episodios debemos esperar indeseables conflictos raciales una vez concluya la dictadura castrista o vaya camaleonizándose en un régimen menos controlador. No deseamos que ocurra este anunciado conflicto, pero la experiencia histórica contemporánea lo hace previsible.

Este panorama futuro no es del todo lúgubre y abrumador. Un factor inusual e imponente es el efecto de amalgamador social democrático que traen las nuevas tecnologías de comunicación personal, en crecimiento y difusión sin horizonte visible. Aunque el irresponsable régimen cubano hace lo imposible para funcionar dentro de este tsunami de información internacional y mantiene al pueblo cubano lo más aislado posible, la nueva era va triunfando contra su vetusto valladar. No se puede impedir esta absorbente inclinación hacia la modernidad que parece inagotable dentro de la idiosincrasia cubana.

Una inundación de dichas tecnologías dentro del país no sólo permitirá integrarnos con rapidez a los niveles de progreso y civilización más dignos de imitar. También ayudará, y mucho, a facilitar la intercomunicación nacional y limar con mayor efectividad las asperezas, entre otras aquellas raciales heredadas en la cultura colonial y republicana, llevadas a un límite incommensurable por el totalitarismo comunista. Por tal motivo, como un antídoto a la probable fiebre puerperal que dejará el castrismo al arribo de mayor libertad, la información abrumadora y la comunicación abundante podrán poner una fuerte cincha al caballo desbocado de la violencia, incluida la interracial.

Ya, desde ahora, es vital la comprensión de que el marco conveniente para dilucidar lo más pacíficamente posible todos los específicos fac-

tores de confrontación latente, rencor y desconfianza entre blancos, negros y mestizos cubanos descansa sobre esta base tecnológica moderna y la premisa insoslayable para empezar a tratar este problema francamente y sin reservas en una nación cada vez más democrática y abierta. A la par de airear estas y otras asperezas, todos los nacionales podrán colaborar libremente, con criterios incluso contradictorios, pero expuestos llanamente en la pausada, trabajosa y repleta de altibajos tarea de conformar una legalidad basada en el respeto a los derechos humanos, la defensa irrestricta de la propiedad como fundamento del derecho y la personalidad individual, y el Estado de Derecho que salvaguarde la legalidad democrática y libertad ciudadana de todos frente a los devaneos de cualquier futuro atolonadordo narcisista.

Es sobre esa base que el racismo, incrementado por medio siglo de pobreza, intolerancia y violencia insuflados desde el desgastado poder imperante en esta lamentable etapa nacional que agoniza y nos hace sentir agónicos con ella, tendrá una oportunidad de ser superado lenta y firmemente, sin saltos sociales milagrosos o úkases de fatal consecuencia.

Esto formaba parte de la catarata de decretos supuestamente populistas. Sin embargo, hacían desaparecer toda posibilidad de individualidad y criterio crítico personal desde la población. El despojo e incautación de la propiedad privada fue utilizado como instrumento arrollador de inmediata obediencia, anulando toda posible resistencia. La población mayoritaria se encandiló con esta inagotable arremetida contra todo lo considerado injusto o esquematizado como reprobable descompensación social, económica o cultural.